

gados sociales. Reduce a cinco las formas principales del razonamiento afectivo: pasional, inconsciente, imaginativo, justificativo y mixto.

En otros casos, nuestro pensamiento se desenvuelve orientado por un interés de acción, siguiendo huellas ya marcadas por creencias que polarizan nuestra voluntad en determinado sentido y nos deciden a pensar conforme a las conveniencias actuales. James sintetizó ese credo moral de algunos pragmatistas (1), coincidiendo con ideas enunciadas por Payot (2). Pero, mejor que ellos, muestra estos modos extralógicos de pensar, estas formas de *razonamientos volitivos*, Lapie (3).

En las obras literarias de los grandes imaginativos vemos con frecuencia desenvolverse razonamientos ajenos a todas las reglas del pensamiento correcto. Estos modos de pensar pueden aproximarse a los que llamaría Baldwin «estéticos». Nos parece que constituyen un género aparte y deben englobarse con el nombre de *razonamientos imaginativos*. En vez de una coordinación de juicios explícitos, encontramos en ellos una serie de imágenes, cada una de las cuales involucra un juicio implícito, resultando implicado el razonamiento en la enumeración de las imágenes. Hemos señalado este modo de pensar en una monografía sobre el mecanismo mental de los oradores de estilo; los escritores ricos de imágenes (Hugo, D'Annunzio, Gauthier, Darío, etc.) realizan con frecuencia razonamientos semejantes.

Los *razonamientos analógicos*, así como otras formas imperfectas de razonamiento inductivo, son infinitamente más comunes que sus formas perfectas; escapan a toda norma lógica y suelen ser empleados en las más complejas especulaciones científicas. Así se explica que,

- (1) James: *The Will to Believe*  
 (2) Payot: *La croyance*.  
 (3) Lapie: *Logique de la Volonté*.

en la práctica, esos razonamientos inductivos sólo nos conduzcan a criterios de probabilidad y no de certidumbre.

En el empleo de la deducción el *razonamiento sofisticado* es la regla práctica entre los hombres; no se explicaría de otra manera la frecuente disparidad de opiniones acerca de lo pensado. No nos referimos, por supuesto, a los casos en que el razonamiento sofisticado es deliberadamente empleado: decimos que en nuestros modos habituales de pensar ese proceso es corriente, generalizado, útil, pues sirve para adaptar los nuevos datos de la experiencia a las creencias que dominan ya en nuestra mente. Los «sofismas del corazón», que habían señalado los lógicos clásicos, son solamente una parte de nuestra sofisticación habitual; todos nuestros modos reales de pensar pueden subordinarse al razonamiento sofisticado, pues cada vez que pensamos acerca de cualquier cosa, estamos predispuestos a buscar las conclusiones que nos interesan. Rara vez vacilamos al plantear falsos dilemas, al desconocer el sujeto, al hacer peticiones de principio, al construir círculos viciosos; disfrazamos tales sofismas con apariencias de verdad para llegar a los resultados más cómodos para nuestras precedentes síntesis mentales. Psicológicamente considerados, dice Ribot (1), no hay razonamientos legítimos o falsos, «sino procedimientos discursivos del espíritu, que el psicólogo debe estudiar. El sofisma más grosero o el más sutil, voluntario o involuntario, son razonamientos tan reales como el razonamiento cuantitativo más riguroso del matemático analista». Esos razonamientos extralógicos son infinitamente más comunes que los correctos.

Entre esos modos reales de pensar deben incluirse los *razonamientos patológicos*, que Vaschide y Vurpas se proponían estudiar con el nombre de «lógica mórbida».

- (1) Prefacio al libro de Vaschide y Vurpas: *L'Analyse mentale*.

da: el fallecimiento de Vaschide ha dejado sin terminar la obra, que debía componerse de varios volúmenes consagrados al análisis mental, el silogismo mórbido, la emoción mórbida y la creación intelectual mórbida. Por nuestra parte, el estudio del mecanismo psicológico de los delirios sistematizados, nos ha permitido establecer que, en la disolución patológica de los modos de razonar, desaparecen primero los de formación genética reciente (inductivos), conservándose los de formación antigua (deductiva), hecho no indicado por autor alguno y que concuerda con lo que sabemos respecto de la disolución de la memoria y la personalidad.

En fin, no podría nunca insistirse bastante sobre la influencia de los *razonamientos sociales*, o modos de pensar colectivos, en la formación de las creencias individuales. Este capítulo cuenta ya con contribuciones de mérito grandísimo, que estudian el origen, las transformaciones y la función de los modos sociales de pensar. Agregaremos que F. Paulhan ha estudiado la «lógica de la contradicción», sosteniendo que los *razonamientos contradictorios* son un género definido de una especie vastísima, y que siempre existen en el pensamiento con tradicciones más o menos latentes, o en germen; procura también establecer algunas normas para el uso de las contradicciones inevitables en nuestro proceso mental, considerando que en la práctica su empleo se realiza naturalmente (1).

\*\*

Esta simple enumeración permite afirmar que los modos de razonar habituales en el hombre serían casi todos extralógicos, si se los juzgara con el criterio clásico de la lógica racionalista.

(1) En *Revue Philosophique*, Febrero y Marzo de 1910.

¿Qué importan en nuestra vida mental los «razonamientos correctos», la «lógica normativa», la «facultad de razonar», la inteligencia pura? Son productos de la fantasía humana. La lógica clásica es un poema, antes que una ciencia. Es una invención artística y no un resultado de la experiencia. Ann concediendo que las formas llamadas exacta, simbólica, matemática y pura, tengan algún campo de aplicación real, ellas serían casos excepcionales en la historia de nuestros modos reales de pensar.

¿Y qué es lo normal en la dinámica del pensamiento humano? Acabamos de verlo: son los razonamientos implícitos, inconscientes, afectivos, volitivos, imaginativos, sofisticos, mórbidos, sociales, contradictorios, etc. Ellos llenan la actividad de nuestro espíritu y son los instrumentos reales del conocimiento, que se va formando sobre los datos de la experiencia: ellos constituyen la enormísima mayoría de nuestros modos efectivos de pensar. El razonamiento correcto es un caso excepcional en la formación de los juicios y las creencias.

La experiencia de la especie influye sobre nuestra constitución biosíquica, estableciendo tendencias instintivas que dirigen en un sentido semejante la formación de nuestra función de pensar (herencia); la vida social amolda nuestra experiencia individual, tendiendo a conformarla de acuerdo con los juicios y razonamientos sociales (educación). Pensamos, en gran parte, como nosotros antepasados y como nuestro medio social: nuestros pensamientos originales, nuestras variaciones individuales con relación a la especie y la sociedad en que vivimos, son una parte mínima. La herencia y la educación actúan o se producen sin que intervenga ninguna «razón pura», quimera que tampoco interviene en las variaciones adquiridas en la psicogenia individual.

El «hombre lógico y razonable» es un misterioso fantasma que sólo existe en los poemas escritos por los

filósofos racionalistas (1). «El lógico, dice Le Dantec, debiera asistir como simple espectador a las querellas que nacen de la diversidad de juicios y creencias de los hombres acerca de los hechos, y es de temer que acabaría por tomar partido, pues un lógico perfecto no es concebible. Si lo hubiera caería en una especie de fakirismo, sería un estilista, o por lo menos un abúlico...; las mismas críticas que me ha valido esta opinión confirman que tengo razón al afirmar la imposibilidad actual de que exista un hombre puramente lógico» (2).

Los individuos de la especie humana, integrando las formas de razonamiento ya adquiridas por los de otras especies animales, van moldeando sus juicios y creencias sobre el cañamazo que les presenta el ambiente social. La función de pensar es un proceso evolutivo representado por razonamientos que la lógica formal desdeña: para ella el hombre sería un sér ilógico e irracional.

Las filosofías racionalistas nos presentaban la «razón» como una misteriosa facultad destinada a pensar la verdad y suficiente para distinguir al hombre de las otras especies animales; la psicología genética nos muestra una serie de procesos intelectuales que se desenvuelven progresivamente a través de la evolución biológica, ajenos a todas las reglas del razonamiento formal, ingeniosamente inventadas por aquéllas.

La «lógica formal» será un interesantísimo capítulo en la historia de las doctrinas filosóficas, vinculado a las doctrinas racionalistas de la realidad, del conoci-

(1) Véase el conciso y terminante escrito de Ardigó: *La Relatività della logica umana (Opere filosofiche, Vol. III)* y la conclusión de *Il pensiero e la cosa*. (Vol. VIII «...la possibilità del nostro pensiero è tutta e sola determinata dalla esperienza, poiché, infine, la logica (reale) non è che il ritmo dell'esperienza...»)

(2) Le Dantec: *Ciencia y Conciencia*.

miento y de la verdad. La historia natural de la función de pensar constituirá una «lógica biológica», encajada en los límites vastos de la psicología genética.

#### V.—LA FORMACIÓN NATURAL DE LOS IDEALES: EL IDEALISMO EXPERIMENTAL

Un ideal es una hipótesis: se forma como ella y como ella sirve. La imaginación, fundándose en la experiencia, elabora creencias acerca del futuro perfeccionamiento humano: son el resultado más alto de la función natural de pensar.

La evolución humana es un perfeccionamiento continuo del hombre para adaptarse a la naturaleza, que evoluciona a su vez. Para ello necesita conocer la realidad ambiente y prever el sentido de las propias adaptaciones: los caminos de su perfección. Sus etapas refléjanse en la mente humana como «ideales». Un hombre, un grupo o una raza son «idealistas» cuando circunstancias ineludibles determinan su imaginación a concebir un perfeccionamiento posible: un Ideal.

Son formaciones naturales. Aparecen cuando la función de pensar alcanza tal desarrollo que la imaginación puede anticiparse a la experiencia. No son entidades misteriosas infundidas en los hombres, ni nacen del azar. Se forman como todos los fenómenos accesibles a nuestra observación. Son efectos de causas, accidentes en la evolución universal investigada por las ciencias y resumida por las filosofías. Y es fácil explicarlo, si se comprende. Nuestro sistema solar es un punto en el cósmos; en ese punto es un simple detalle el planeta que habitamos; en ese detalle la vida es un transitorio

equilibrio físico-químico de la superficie; entre las complicaciones de ese equilibrio viviente la especie humana data de un período brevísimo; en el hombre se desarrolla la función de pensar como un perfeccionamiento de la adaptación al medio, y uno de sus modos es la imaginación, que permite generalizar los datos de la experiencia, anticipando sus resultados posibles y abstractando de ella «ideales» de perfección.

Así la filosofía científica, en vez de negarlos, permite afirmar su realidad como formaciones naturales de la función de pensar y los reintegra en la concepción monista del universo. Un Ideal es un punto y un momento entre los infinitos posibles que pueblan el espacio y el tiempo.

.....

Evolucionar es variar. En la evolución humana el pensamiento varía incesantemente. Toda variación es adquirida por temperamentos predispuestos; las variaciones útiles tienden a conservarse. La experiencia determina la formación natural de conceptos genéricos, cada vez más sintéticos; la imaginación abstrae de los hechos ciertos caracteres comunes, elaborando ideas generales que permiten concebir el sentido probable de la evolución de la realidad: así se elaboran los «ideales». Ellos no son apriorísticos; son inducidos de una vasta experiencia. Sobre ella se empina la imaginación para prever el sentido en que varía la Humanidad. Todo ideal representa un nuevo estado de equilibrio entre el pasado y el porvenir. Los ideales son creencias. Su fuerza estriba en sus elementos afectivos: influyen sobre nuestra conducta en la medida en que los creemos. Por eso la representación abstracta de las variaciones naturales del hombre adquiere un valor moral: las más provechosas a la especie son concebidas como perfeccionamientos. Lo futuro se identifica con lo perfecto. Así los «ideales», por ser visiones anticipadas de lo venidero, influ-

yen sobre la conducta y son el instrumento natural de todo progreso humano. Mientras la instrucción se limita a extender las nociones que la experiencia actual considera más exactas, la educación consiste en sugerir los ideales que se presumen propicios a la perfección.

El concepto de lo mejor es un resultado natural de la evolución misma. La vida tiende espontáneamente a perfeccionarse. Aristóteles enseñaba que la actividad es un movimiento del sér hacia la propia «entelequia»: su estado de perfección. Todo lo que existe tiende, naturalmente, a su entelequia, y esa tendencia se refleja en la mente de los seres imaginativos. Lo mismo que todas las otras funciones del espíritu, la formación de ideales está sometida a un determinismo, que, por ser complejo, no es menos absoluto. No son obra de una libertad que escapa a las leyes de la psicología naturalista, ni productos de una razón pura que nadie conoce. Son creencias aproximativas acerca de la perfección venidera. Lo futuro es lo mejor de lo presente, puesto que sobrevive en la selección natural; los ideales son un «élan» hacia lo mejor, en cuanto simples anticipaciones del devenir.

A medida que la experiencia humana se amplía, observando la realidad, los ideales son modificados por la imaginación, que es plástica y no reposa jamás. Experiencia e imaginación siguen vías paralelas, aunque va muy retardada aquélla respecto de ésta. La hipótesis vuela; el hecho camina. A veces el ala rumbea mal y el pie pisa siempre en firme: pero el vuelo puede rectificarse, mientras el paso no puede volar nunca. La imaginación es madre de toda originalidad; deformando lo real hacia su perfección ella crea los ideales y les da impulso con el ilusorio sentimiento de la libertad: el libre albedrío es un error útil para la ejecución de los ideales. Por eso tiene, prácticamente, el valor de una realidad. Demostrar que es una simple ilusión, debida a la ignorancia de causas innúmeras, no implica negar su eficacia.

Las ilusiones tienen tanto valor como las verdades más exactas; pueden tener más que ellas, si son intensamente pensadas o sentidas. El deseo de ser libre nace del contraste entre dos móviles irreductibles: la tendencia a perseverar en el sér, implicada en la herencia, y la tendencia a aumentar el sér, implicada en la variación. La una es principio de estabilidad, la otra de progreso.

En todo ideal, sea cual fuere el orden a cuyo perfeccionamiento tienda, hay un principio de síntesis y de continuidad: «es una idea fija o una emoción fija». Como impulsos se equivalen y se implican recíprocamente, aunque en la primera predomina el razonamiento y en la segunda la pasión. «Ese principio de unidad —dice Ribot, —centro de atracción y punto de apoyo de todo trabajo de la imaginación creadora, es decir, de una síntesis subjetiva que tiende a objetivarse, es el ideal». La imaginación despoja a la realidad de todo lo malo y la adorna con todo lo bueno, depurando la experiencia, cristalizándola en los moldes de perfección que concibe más puros. Los ideales son, por ende, preconstrucciones imaginativas de la realidad que deviene.

Son siempre individuales. Un ideal colectivo es la coincidencia de muchos individuos en un mismo afán de perfección. No es una «idea» que los acomuna; su análoga manera de sentir y de pensar está representada por un ideal común a todos ellos. Cada era, siglo o generación puede tener su ideal; suele ser patrimonio de una selecta minoría, cuyo esfuerzo consigue acrecentarlo e imponerlo a las generaciones siguientes. Cada ideal puede encarnarse en un genio; al principio, y mientras él va generalizando su obra, ésta sólo es comprendida por un pequeño núcleo de espíritus esclarecidos.

.....  
El concepto abstracto de una perfección posible toma su fuerza de la Verdad que los hombres le atribuyen.

Todo ideal es una fe en la posibilidad misma de la perfección. En su protesta involuntaria contra lo malo se revela siempre una esperanza indestructible en lo mejor; en su agresión al pasado fermenta una sana levadura de porvenir.

No es un fin, sino un camino. Es relativo siempre, como toda creencia. La intensidad con que tiende a realizarse no depende de su verdad efectiva, sino de la que se le atribuye. Aun cuando interpreta absurdamente la perfección venidera, es ideal para quien cree sinceramente en su verdad o su excelsitud.

Hacer del «idealismo» un dogma equivale a negarlo. Los más vulgares diccionarios filosóficos lo sospechan: «Idéalisme: mot très vague qu'on ne doit guère employer sans l'expliquer». Sólo es evidente la existencia de temperamentos idealistas, aptos para concebir perfecciones y capaces de vivir hacia ellas.

Debe rehusarse el monopolio de los ideales a cuantos lo reclaman en nombre de escuelas filosóficas, sistemas de moral, credos de religión, fanatismos de secta o dogmas de estética. La formación de ideales nace del temperamento individual, aparte de todo catecismo o programa. Hay tantos idealismos como ideales, y tantos ideales como idealistas, y tantos idealistas como hombres ansiosos de perfección.

El idealismo no es privilegio de las doctrinas espiritualistas que desearían oponerle al materialismo; ese equívoco se duplica al sugerir que la materia es la antítesis de la idea, después de confundir al ideal con la idea y a ésta con el espíritu, entidad ajena a la materia. Se trata, visiblemente, de un juego de palabras, secularmente repetido por sus beneficiarios. El criterio de perfección en el conocimiento de la Verdad puede animar con igual ímpetu al filósofo monista y al dualista, al místico y al ateo, al estoico y al pragmatista. El particular ideal de cada uno concurre al ritmo total de la perfec-

ción posible, antes que obstar al esfuerzo similar de los demás.

Y es más estrecha, aun, la tendencia a confundir el «idealismo», que se refiere a los «ideales», con las tendencias filosóficas que así se denominan porque consideran a las «ideas» más reales que las cosas, o presuponen que ellas son la realidad única, forjada por nuestra mente, como en el sistema hegeliano. «Ideólogos» no puede ser sinónimo de «idealistas», aunque el mal uso induzca a ello.

Ni podríamos restringirlo al idealismo de ciertas escuelas estéticas, porque todas las maneras del naturalismo y del realismo pueden constituir un ideal de arte, cuando sus sacerdotes son Miguel Angel, Ticiano, Flaubert o Wagner; el esfuerzo imaginativo de los que persiguen una ideal armonía de ritmos, de colores, de líneas o de sonidos, se equivale, siempre que su obra transparente un modo de belleza o una original personalidad.

No le confundiremos, en fin, con cierto idealismo ético que tiende a monopolizar el culto de la perfección en favor de alguno de los fanatismos religiosos predominantes en cada época, pues sobre no existir un Bien ideal, difícilmente cabría en los catecismos para mentes obtusas. El esfuerzo individual hacia la virtud puede ser tan magníficamente concebido y realizado por el peripatético como por el cirenáico, por el cristiano como por el anarquista, por el filántropo como por el epicúreo. Todos ellos pueden ser idealistas, si saben iluminarse en su doctrina. La perfección posible no es patrimonio de ningún credo: recuerda el agua de aquella fuente, citada por Platón, que no podía contenerse en ningún vaso.

La experiencia, sólo ella, decide sobre la legitimidad de los ideales, en cada tiempo y lugar. En el curso de la vida social se seleccionan naturalmente; sobreviven

los más adaptados a su función de prevenir el sentido de la evolución; es decir, los coincidentes con el perfeccionamiento efectivo. Mientras la experiencia no da su fallo, todo ideal es respetable, aunque parezca absurdo. Y es útil, por su fuerza de contraste; si es falso muere solo, no daña. Todo ideal puede contener una parte de error, o serlo totalmente: es una visión remota y por lo tanto expuesta a ser inexacta. Lo único malo es carecer de ideales y esclavizarse a las contingencias de la realidad inmediata, renunciando a lo mejor.

Los caminos de perfección son convergentes. Las formas infinitas del ideal son complementarias; jamás contradictorias, aunque lo parezcan. Si el ideal de la ciencia es la Verdad, de la moral el Bien y del arte la Belleza, formas preeminentes de toda excelencia, no se concibe que puedan ser antagonistas entre sí.

Cuando un filósofo enuncia ideales, para el hombre o para la sociedad, su comprensión inmediata es tanto más difícil cuanto más se elevan sobre la realidad que le rodea; lo mismo ocurre con la verdad del sabio y con el estilo del poeta. La sanción ajena es fácil para lo que concuerda con rutinas secularmente practicadas; es áspera cuando la imaginación pone mayor originalidad en el concepto o en la forma.

Ese desequilibrio entre la perfección concebible y la realidad practicable, estriba en la naturaleza misma de la imaginación, rebelde al tiempo y al espacio. De ese contraste legítimo no se infiere que los ideales pueden ser contradictorios entre sí, aunque sean heterogéneos y marquen el paso a desigual compás, según los tiempos: no hay una Verdad amoral o fea, ni fue nunca la Belleza absurda o nociva, ni tuvo el Bien sus raíces en el error o la desarmonía. De otro modo concebiríamos perfecciones imperfectas.

Los ideales están en perpetuo devenir, como la realidad a que se anticipan. La imaginación los extrae de la

naturaleza y de la experiencia; pero una vez formados ya no están en ellas, son distintos de ellas, viven sobre ellas para señalar su futuro. Y cuando la realidad evoluciona hacia un ideal antes previsto, la imaginación se aparta nuevamente de la realidad, aleja de ella el ideal, proporcionalmente. La realidad nunca puede igualarse al ensueño en la perpetua persecución de la quimera. El ideal es un «límite»: toda realidad es una «dimensión variable» que puede acercársele indefinidamente, sin alcanzarlo nunca. Por mucho que lo «variable» se acerque a su «límite», se concibe que podría acercársele más; sólo se confunden en el infinito.

Todo ideal es siempre relativo a una imperfecta realidad presente. No los hay abstractos ni absolutos. Afirmarlo implica abjurar su esencia misma, negando la posibilidad infinita de la perfección. Erraban los viejos moralistas al creer que en el punto donde estaba su espíritu en ese momento, convergían todo el espacio y todo el tiempo. Para la ética científica, libre de esa grave falacia, la relatividad de los ideales es un postulado fundamental. Sólo poseen un carácter común: su permanente transformación hacia perfeccionamientos infinitos.

Es propia de mentes primitivas toda moral cimentada en prejuicios absolutos. Y es falsa, hija de la ignorancia de la universal evolución. Y es contraria a todo idealismo, excluyente de todo ideal. En cada momento y lugar la realidad varía; con esa variación se desplaza el punto de referencia de los ideales. Nacen y mueren, convergen o se excluyen, empalidecen o se acentúan; son, también ellos, vivientes como los cerebros en que germinan o arraigan, en un proceso sin fin. No habiendo un esquema final de perfección, tampoco lo hay de los ideales humanos. Se forman por cambio incesante; cambian siempre; su cambio es eterno.

Esa evolución de los ideales no sigue un ritmo uniforme en el curso de la vida social o individual. Hay cli-

mas morales, horas, momentos, en que toda una raza, un pueblo, una clase, un partido, una secta, concibe un ideal y se esfuerza por realizarlo. Y también los hay en la evolución de cada hombre aisladamente considerado.

Y hay, también, climas, horas y momentos en que los ideales se murmuran apenas ó se callan: la realidad ofrece inmediatas satisfacciones a los apetitos y la tentación del hartazgo, ahoga todo afán de perfección. Y cada época tiene ciertos ideales que convienen mejor a su porvenir, entrevistados por pocos, seguidos por el pueblo o ahogados por su indiferencia, ora predestinados a orientarlo como polos magnéticos, ora a quedar latentes hasta encontrar la gloria en un porvenir indeciso. Y otros ideales mueren, porque son falsos: ilusiones que el hombre se forja acerca de sí mismo o quimeras que las masas persiguen dando manotadas en la sombra.

Sin ellos sería inexplicable la evolución humana. Los hubo y los habrá siempre. Palpitan detrás de todo esfuerzo magnífico realizado por un hombre o por un pueblo. Son faros sucesivos en la evolución mental de los individuos y de las razas. La imaginación los enciende en continuo contraste con la experiencia, anticipándose a sus datos. Esa es la ley del devenir humano: la realidad, yerma de suyo, recibe vida y calor de los ideales, sin cuya influencia yacería inerte y los evos serían mudos. Los hechos son puntos de partida; los ideales son faros luminosos que de trecho en trecho alumbran la ruta. La historia es una infinita inquietud de perfecciones, que grandes hombres presienten o simbolizan. Frente a ellos, en cada momento de la peregrinación humana, la mediocridad se revela por una incapacidad de ideales (1).

(1) Ver, ampliamente, nuestra obra: «El hombre Mediocre: ensayo de moral idealista».

De acuerdo con esta concepción naturalista y experimental, conviene reintegrar el idealismo en la filosofía científica. Acaso parezca extraño; más no perderá con ello. Ganará, ciertamente. Tergiversado por los miopes y los fanáticos, se rebaja. Yerran los que miran al pasado, poniendo el rumbo hacia prejuicios muertos y vistiendo al idealismo con andrajos que son su mortaja; los ideales viven de la Verdad, que se va haciendo; ni puede ser vital ninguno que la contradiga en su punto del tiempo. Es ceguera oponer la imaginación de lo futuro a la experiencia de lo presente, el Ideal y la Verdad, como si conviniera apagar las luces del camino para no desviarse de la meta. Es falso; la imaginación conduce por mano a la experiencia. Que, sola, no anda.

Esto afirma la filosofía científica. Y al antiguo idealismo dogmático que los espiritualistas ponen en las «ideas» absolutas, rígidas y aprioristas, opone un idealismo experimental que se refiere a los «ideales» de perfección, incesantemente renovados, plásticos, evolutivos como la vida misma.

#### CONCLUSIONES

La función de pensar no es atributiva de una facultad especial, sino un resultado natural y sinérgico de la experiencia. Se desarrolla progresivamente y debe estudiarse con los métodos de la psicología genética: en la evolución de las especies, de las razas y de los individuos. La historia natural de las operaciones intelectuales sólo puede constituirse comparando las del hombre con las de otros animales, las del civilizado con las de los primitivos, las del adulto con las de los niños.

Mediante esa función biológica los seres vivos conocen las variaciones del medio inestable en que evolucionan: el conocimiento de la realidad es una formación natural en el curso de la experiencia. El pensamiento no es una entidad anterior a ella, no existe en sí; es un resultado de relaciones entre sus datos. Siendo variable la experiencia, el pensamiento está en formación continua.

Los modos reales de pensar son infinitos; no son esencialmente distintos, sino etapas progresivas de una serie continua, de lo simple a lo compuesto. En las especies animales inferiores, en las razas primitivas y en los niños, los razonamientos son simples; esas formas persisten en los hombres civilizados y adultos, junto a otras más evolucionadas. Existe una continuidad ininterrumpida entre las sensaciones, las imágenes genéricas, los juicios elementales y las formas superiores del razonamiento. Su resultado natural es la formación de creencias, que son sintéticas, sistematizadoras y dinámicas. Creer es la forma natural de pensar: la lógica biológica es una historia natural de las creencias. Los hombres creemos con anterioridad a la aplicación de las normas lógicas del razonamiento perfecto; toda nueva experiencia se hace a través de creencias ya preformadas e influye sobre la adquisición de la experiencia consecutiva.

Los razonamientos correctos son excepcionales: los habituales son extralógicos. Los modos reales de pensar están constituidos por razonamientos que la lógica clásica desdeñaba; para ella el hombre sería un sér ilógico e irracional. Para la lógica biológica el hombre es un sér natural: estudia sus funciones. Los sistemas racionalistas, no fundados en la experiencia, son falsos, no corresponden a la realidad.

El resultado más alto de la función de pensar es la formación de ideales; la imaginación, partiendo de la



experiencia, elabora creencias acerca del futuro perfeccionamiento humano. Un «ideal» es una hipótesis: se forma como ella y como ella sirve. Al antiguo idealismo dogmático que los espiritualistas ponen en las «ideas» absolutas, rígidas y aprioristas, la filosofía científica opone un *idealismo experimental* que se refiere a los «ideales» de perfección, incesantemente renovados, plásticos, evolutivos como la vida misma.

## Cap. IX.—Los métodos psicológicos.

I. Los métodos de la psicología como ciencia natural.—II. Clasificación y crítica de los métodos.—III. La observación extrospectiva.—IV. La observación introspectiva.—V. La observación experimental.—VI. Significación general del método genético: rango de los métodos particulares.

### I.—LOS MÉTODOS DE LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA NATURAL

«La observación y el experimento son la balanza de la verdad», según enseñaba en el siglo xv P. Pomponazzi (1).

A medida que los psicólogos abandonan el campo de la especulación racional y se dedican a la observación de las funciones psíquicas en los seres vivientes, la psicología se va reintegrando a los dominios de las ciencias naturales; fue ese uno de los méritos que justificaron el éxito de la primera obra sistemática de W. James (2), inspirada en el evolucionismo biológico. Considerada la psicología como una «ciencia natural», sus métodos te-

(1) Ardigó: *Pietro Pomponazzi en Opere complete*, vol. I, página 416.

(2) James: *Principles of Psychology*.